Hebreos

CAPÍTULO 1

1 Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas,
2 en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo;
3 el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,
4 hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.
5 ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré para él Padre, y él será para mí Hijo?
6 Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.
7 Y de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego.
8 Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; Cetro de justicia es el cetro de tu reino.
9 Has amado la justicia, y aborrecido la maldad; Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, Con óleo de alegría más que a tus compañeros.
10 Y: Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos.
11 Ellos perecerán, pero tú permanecerás; y todos ellos se envejecerán como una vestidura;
12 Y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán.
13 ¿Y a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?
14 ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?

CAPÍTULO 2

1 Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos.
2 Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución,
3 ¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron,
4 testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad?
5 Porque no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando.
6 Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes, O el hijo del hombre, para que lo visites?
7 Le hiciste un poco menor que los ángeles, Le coronaste de gloria y de honra, Y le pusiste sobre las obras de tus manos;
8 Todo lo sujetaste bajo sus pies. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas.
9 Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.
10 Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos.
11 Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos,
12 Diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre, En medio de la congregación te alabaré.
13 Y otra vez: Pondré en él mi confianza. Y otra vez: He aquí, yo y los hijos que Dios me ha dado.
14 Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo,
15 y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre.
16 Porque ciertamente no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la descendencia de Abraham.
17 Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.
18 Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

CAPÍTULO 3

1 Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús;
2 El cual fue fiel al que le designó, como también lo fue Moisés sobre toda la casa de Dios.
3 Porque de tanto más gloria que Moisés es tenido por digno éste, cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo.
4 Porque toda casa es hecha por alguno, pero el que hizo todas las cosas es Dios.
5 Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir después;
6 pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.
7 Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz,
8 No endurezcáis vuestros corazones, Como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto;
9 Cuando vuestros padres me tentaron, me probaron, Y vieron mis obras cuarenta años.
10 Por lo cual me disgusté contra aquella generación, Y dije: Siempre vagan en su corazón, Y no han conocido mis caminos.

11 Por tanto, juré en mi furor: No entrarán en mi reposo.
12 Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo.
13 Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.
14 Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio,
15 Entre tanto que se dice: Si oís hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones, Como en la provocación.
16 Porque algunos cuando oyeron, provocaron; aunque no todos los que habían salido de Egipto por mano de Moisés.
17 ¿Y con quiénes estuvo disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cadáveres cayeron en el desierto?
18 ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron?
19 Vemos, pues, que no pudieron entrar a causa de incredulidad.

CAPÍTULO 4

1 Así que, temamos, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado.
2 Porque a nosotros también se nos ha predicado el evangelio como a ellos; pero no les aprovechó la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.
3 Porque los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo: Como juré en mi ira, No entrarán en mi reposo; aunque sus obras estaban acabadas desde la fundación del mundo.
4 Porque en cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios el día séptimo de todas sus obras.
5 Y otra vez en este lugar: Si entrarán en mi reposo.
6 Así que, puesto que resta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron a causa de incredulidad,
7 Otra vez determina un día determinado, diciendo por medio de David: Hoy; después de tanto tiempo; como está dicho: Si oyereis hoy su voz, No endurezcáis vuestros corazones.
8 Porque si Jesús les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día.
9 Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.
10 Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas.
11 Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.
12 Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.
13 Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.
14 Así que, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.
15 Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino un sumo sacerdote que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.
16 Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

CAPÍTULO 5

1 Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados;
2 ¿Quién puede tener compasión de los ignorantes y extraviados? Porque él también está rodeado de debilidades.
3 Y por esta razón debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como por el pueblo.
4 Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.
5 Así también Cristo no se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy.
6 Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec.
7 el cual, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue escuchado a causa de su temor reverente,
8 Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia;
9 y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen;
10 llamado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.
11 Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto sois tardos para oír.
12 Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido.
13 Porque todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño.
14 Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.

CAPÍTULO 6

1 Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas y de la fe en Dios,
2 De la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.
3 Y esto haremos, si Dios lo permite.
4 Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo,
5 Y habéis gustado de la buena palabra de Dios y de los poderes del siglo venidero,
6 Y si recayeren, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio.

7 Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa para aquellos por quienes es labrada, recibe bendición de Dios;
8 Pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida; su fin es ser quemada.
9 Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así.
10 Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún.
11 Y deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia hasta el fin, para plena certeza de la esperanza;
12 para que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.
13 Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo,
14 Diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia, y te multiplicaré grandemente.
15 Y después de haber sufrido con paciencia, alcanzó la promesa.
16 Porque los hombres ciertamente juran por uno mayor que ellos, y para ellos el fin de toda contienda es el juramento para confirmación.
17Por lo cual Dios, queriendo mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento,
18 para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros:
19 La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo,
20 Donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

CAPÍTULO 7

1 Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, que salió a recibir a Abraham que volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo,
2 A quien también dio Abraham los diezmos de todo; su nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, que significa, Rey de paz;
3 Sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre.
4 Considerad, pues, cuán grande era éste, a quien el patriarca Abraham dio el diezmo del botín.
5 Y ciertamente los que de los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen mandamiento de tomar los diezmos del pueblo según la ley, es decir, de sus hermanos, aunque también salgan de los lomos de Abraham;
6 Pero aquel cuya descendencia no es contada de entre ellos, tomó de Abraham los diezmos, y bendijo al que tenía las promesas.
7 Y sin ninguna oposición, el menor es bendecido por el mayor.
8 Y aquí reciben los diezmos hombres que mueren; pero allí los recibe aquel de quien se da testimonio que vive.
9 Y por decirlo así, también Leví, que recibe los diezmos, pagó el diezmo en Abraham.
10 Porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.
11 Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico (porque bajo él recibió el pueblo la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?
12 Porque cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de la ley.
13 Porque aquel de quien esto se dice es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar.
14 Porque manifiesto es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.
15 Y esto es aún más manifiesto, si a semejanza de Melquisedec se levanta otro sacerdote,
16 el cual no fue hecho conforme a la ley del mandamiento carnal, sino según el poder de una vida indestructible.
17 Porque da testimonio: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec.
18 Porque ciertamente el mandamiento anterior queda abrogado a causa de su debilidad e ineficacia.
19 Porque nada perfeccionó la ley, sino la introducción de una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios.
20 Y por cuanto no fue hecho sacerdote sin juramento,
21 (Porque los demás sacerdotes sin juramento fueron constituidos; pero éste, con el juramento del que le dijo: Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre, Según el orden de Melquisedec.)
22 Por tanto, Jesús fue hecho fiador de un mejor pacto.
23 Y en verdad hubo muchos sacerdotes, porque por causa de la muerte no se les permitió continuar;
24 Pero éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable.
25 Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.
26 Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos;
27 que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una sola vez, ofreciéndose a sí mismo.
28 Porque la ley constituye sumos sacerdotes a hombres débiles; pero la palabra del juramento posterior a la ley constituye al Hijo, santificado para siempre.

CAPÍTULO 8

1Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos;
2 Ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó Jehová, y no el hombre.
3 Porque todo sumo sacerdote está constituido para presentar ofrendas y sacrificios; por lo cual es necesario que también éste tenga algo que ofrecer.
4 Porque si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, pues hay sacerdotes que ofrecen las ofrendas según la ley;

5 Los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.
6 Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.
7 Porque si aquel primer pacto hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.
8 Porque reprendiéndolos, dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto;
9 No como el pacto que hice con sus padres El día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo me desentendí de ellos, dice Jehová.
10 Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel Después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mis leyes en la mente de ellos, Y sobre su corazón las escribiré; Y seré a ellos por Dios, Y ellos me serán a mí por pueblo;
11 Y no enseñará ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande.
12 Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.
13 Al decir: Nuevo pacto, dio por viejo al primero; pero lo que se deteriora y se envejece está próximo a desaparecer.

CAPÍTULO 9

1 Ahora bien, ciertamente el primer pacto tenía también ordenanzas de servicio divino y un santuario terrenal.
2 Porque el tabernáculo estaba dispuesto de la siguiente manera: en la primera parte, llamada el santuario, estaban el candelero, la mesa y los panes de la proposición.
3 Tras el segundo velo estaba el tabernáculo llamado el Lugar Santísimo;
4 el cual tenía un incensario de oro, y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto;
5 Y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio, de lo cual no podemos hablar ahora en particular.
6 Y así ordenadas estas cosas, los sacerdotes entraban siempre en el primer tabernáculo para realizar el servicio de Dios.
7 Pero en la segunda entrada entraba sólo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrecía por sí mismo y por los pecados del pueblo;
8 Dando a entender el Espíritu Santo con esto que aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo, entre tanto que el primer tabernáculo estuviese en pie;
9 Lo cual era símbolo para el tiempo presente, según el cual se presentaban ofrendas y sacrificios que no podían hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practicaba ese culto.
10 ya que consistía solamente en comidas y bebidas, y diversos lavamientos, y ordenanzas acerca de la carne, impuestas hasta el tiempo de reformar las cosas.
11 Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación,
12 Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención.
13 Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne,
14 ¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?
15 Y por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna.
16 Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga la muerte del testador.
17 Porque el testamento es válido después de la muerte de los hombres; de otra manera, no es válido entre tanto que el testador vive.
18 Por lo cual ni siquiera el primer testamento fue consagrado sin sangre.
19 Y después que Moisés hubo anunciado todos los mandamientos de la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y a todo el pueblo,
20 diciendo: Esta es la sangre del pacto que Dios os ha mandado.
21 Además roció con sangre el tabernáculo y todos los utensilios del ministerio.
22 Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.
23 Por eso fue necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así, pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos.
24 Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios,
25 ni para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el santuario cada año con sangre ajena;
26De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una sola vez por el sacrificio de sí mismo para destruir el pecado.
27 Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio,
28 Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

CAPÍTULO 10

1 Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan.
2 De otra manera, ¿no habrían cesado de ofrecerse? Porque los que adoran, una vez purificados, no tendrían más conciencia de pecado.

3 Pero en estos sacrificios se vuelve a hacer memoria de los pecados cada año.
4 Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados.
5 Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo;
6 Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron.
7 Entonces dije: He aquí que vengo (en el rollo del libro está escrito de mí), para hacer, oh Dios, tu voluntad.
8 Diciendo arriba: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron; las cuales cosas según la ley se ofrecen;
9 Entonces dijo: Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad. Quita lo primero, para establecer lo postrero.
10 En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.
11 Y todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados;
12 Pero Cristo, habiendo ofrecido eternamente un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.
13 De aquí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies.
14 Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.
15 De lo cual nos da testimonio también el Espíritu Santo, pues después de haber dicho:
16 Este es el pacto que haré con ellos Después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mis leyes en sus corazones, Y en sus mentes las escribiré;
17 Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.
18 Y donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado.
19 Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo,
20 por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, es decir, de su carne;
21 y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios,
22 Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.
23 Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra fe, porque fiel es el que prometió.
24 Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras;
25 no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.
26 Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados,
27 sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios.
28 El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente.
29 ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?
30 Porque conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo.
31 ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!
32 Pero traed a la memoria los días pasados, en los cuales, después de haber sido iluminados, soportasteis gran combate de padecimientos;
33 Por una parte, mientras fuisteis hechos espectáculo con vituperios y aflicciones, y por otra, mientras llegasteis a ser compañeros de aquellos que eran así utilizados.
34 Porque de los presos también os compadecisteis de mí, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos.
35 No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón.
36 Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa.
37 Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.
38 Ahora el justo por la fe vivirá; pero si retrocediere, no agradará a mi alma.
39 Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.

CAPÍTULO 11

1 Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.
2 Porque gracias a ella alcanzaron buen testimonio los ancianos.
3 Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.
4 Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella.
5 Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes de su trasposición tuvo testimonio de haber agradado a Dios.
6 Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.
7 Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; por la cual condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.
8 Por la fe Abraham, siendo llamado para salir al lugar que había de recibir como herencia, obedeció; y salió sin saber a dónde iba.
9 Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa;
10 Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.
11 Por la fe también la misma Sara, siendo ya estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido.

12 Por lo cual también de uno, y ése ya casi muerto, surgieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar.
13 Todos éstos murieron en fe sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra.
14 Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria.
15 Y ciertamente, si hubieran tenido memoria de aquella tierra de donde salieron, ciertamente habrían tenido tiempo de regresar.
16 Pero ahora anhelaban una patria mejor, es decir, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad.
17 Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito,
18 De quien se dijo: En Isaac te será llamada descendencia;
19 Pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde también le volvió a recibir en figura.
20 Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto de cosas venideras.
21 Por la fe Jacob, al morir, bendijo a ambos hijos de José, y adoró apoyándose en el extremo de su bastón.
22 Por la fe José, al morir, se acordó de la salida de los hijos de Israel, y dio mandamiento acerca de sus huesos.
23 Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres durante tres meses, porque vieron que era un niño hermoso, y no temieron el mandamiento del rey.
24 Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón,
25 escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado;
26 teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón.
27 Por la fe abandonó a Egipto, no temiendo la ira del rey, porque se sostuvo como viendo al Invisible.
28 Por la fe celebró la pascua y el rociamiento de la sangre, para que el que mataba a los primogénitos no los tocase.
29 Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca; y los egipcios intentaron hacer lo mismo, y se ahogaron.
30 Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días.
31 Por la fe Rahab la ramera no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz.
32 ¿Y qué más diré? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas.
33 quienes por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones,
34 Apagaron el fuego impetuoso, evitaron el filo de la espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros.
35 Las mujeres recibieron sus muertos de resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección;
36 Y otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles;
37 Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados;
38 De los cuales el mundo no era digno; anduvieron errantes por desiertos, por montes, por cuevas y cavernas de la tierra.
39 Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido;
40 Previendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que ellos no fuesen perfeccionados sin nosotros.

CAPÍTULO 12

1 Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante,
2 puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.
3 Considerad, pues, a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.
4 Aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado.
5 Y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, Ni desmayes cuando eres reprendido por él;
6 Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.
7 Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?
8 Pero si se os deja sin castigo, del cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.
9 Además, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?
10 Porque aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.
11 Es cierto que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.
12 Por lo cual alzad las manos caídas y las rodillas paralizadas;
13 Y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino más bien sea sanado.
14 Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor;
15 Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios, ni que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados;
16 No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura.
17 Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no halló oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas.
18 Porque no os habéis acercado al monte que se podía palpar, y que ardía en fuego, ni a la oscuridad, ni a las tinieblas, ni a la tempestad,

19 Y hubo sonido de trompeta, y voz de palabras; la cual los que la oyeron, rogaron que no se les hablase más;
20 (Porque no pudieron soportar lo que se les había ordenado: Si aun una bestia toca el monte, será apedreada o traspasada con una flecha;
21 Y tan terrible era lo que veía, que Moisés dijo: Estoy espantado y temblando.
22 Pero os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, y a la compañía de muchos millares de ángeles,
23 a la congregación general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y a Dios el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos perfectos,
24 y a Jesús, el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.
25 Mirad que no desechéis al que habla. Porque si aquellos no escaparon los que desecharon al que les amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde el cielo.
26 La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo.
27 Y esta palabra: Aún una vez, significa la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que permanezcan las inconmovibles.
28 Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gracia, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia;
29 Porque nuestro Dios es fuego consumidor.

CAPÍTULO 13

1 Permanezca el amor fraternal.
2 No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.
3 Acordaos de los presos, como si estuvierais presos juntamente con ellos, y de los angustiados, como si vosotros también estuvierais en el cuerpo.
4 Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.
5 Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré.
6 de manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre.
7 Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.
8 Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.
9 No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas, que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas.
10 Tenemos un altar, del cual no tienen derecho a comer los que sirven al tabernáculo.
11 Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es introducida en el santuario por el sumo sacerdote a causa del pecado, son quemados fuera del campamento.
12 Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta.
13 Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio.
14 Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.
15 Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.
16 Pero de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis, porque de tales sacrificios se agrada Dios.
17 Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.
18 Orad por nosotros, porque confiamos en que tenemos buena conciencia, y que estamos dispuestos a vivir honestamente en todo.
19 Pero os ruego más bien que hagáis esto, para que yo pueda ser restituido a vosotros más pronto.
20 Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno,
21 os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.
22 Os ruego, pues, hermanos, que toleréis la palabra de exhortación, pues os he escrito brevemente.
23 Sabed que nuestro hermano Timoteo está en libertad; y si viniere pronto, os iré a ver con él.
24 Saludad a todos vuestros pastores y a todos los santos. Los de Italia os saludan.
25 La gracia sea con todos vosotros. Amén.